

## CHARLES DE GAULLE Y HO CHI MINH, SIMBOLOS DE UNA EPOCA (\*)

En el intervalo de poco más de un año han muerto, a la misma edad —79 años—, dos líderes que simbolizan una época: Ho Chi Minh y Charles de Gaulle. Son personajes de extraordinario peso específico que han condicionado altamente la Historia, una historia crecientemente dictada por las decisiones de las superpotencias.

### I

#### CHARLES DE GAULLE O UN SOÑADOR PARA UN PUEBLO

Fue Pompeyo quien, tras Farsalia, advirtió que el sol naciente tiene más adoradores que el sol poniente. En plenos acontecimientos de mayo de 1968, en Francia, se publicó un artículo mío, escrito antes, en un rotativo nacional. En él indicaba que si tuviese que seleccionar la figura política más seductora (con todos los riesgos que la seducción comporta) de nuestra centuria, la elección probablemente recaería en Charles de Gaulle.

No deja de ser un halago y una satisfacción para mí que un hombre tan *sui generis*, tan comprometido y descomprometido a la vez (¿un Unamuno británico reactualizado?) como el ex-rector de la Universidad de Edimburgo, Malcolm Muggeridge, uno de esos raros representantes sin trampa del *homo sum: nihil humani a me alienum puto*, escribiera a propósito de una de las más recientes biografías del general: «De Gaulle siempre me ha parecido, pero con

---

\* El artículo sobre el general De Gaulle fue publicado, más resumido, en *Índice*, número 249, 15 junio 1969, con motivo de su abandono del Poder; el de Ho Chi Minh apareció en la misma publicación, núm. 254, 15 septiembre 1969, con motivo de su fallecimiento. N. KHAC HUYEN, del Departamento de Ciencia Política del College of St. Catherine, Minnesota, ha publicado hace unos meses un artículo en *Orbis*, XIII, invierno 1970, núm. 4, titulado "An Independent Communist Leader: Ho Chi Minh Between Peking and Moscow", que subraya mi posición.

mucho, el más interesante de los hombres de acción de nuestro tiempo». Estas líneas aparecían una semana *después* de la dimisión del biografiado. (Dicho sea de paso, Muggeridge fue oficial de enlace con los *Services Speciaux* franceses durante la contienda).

Escasean los hombres de Estado que han sido tan fieles a una idea, en parte siendo inmolados por ella. Y menos todavía han mostrado una gama más rica y variada en matices y comportamientos. Si pasamos al campo de los enjuiciamientos, pocos estadistas en escena han sido objeto de críticas y alabanzas más apasionadas. Esto, desde luego, es propio de todos los grandes personajes que han impreso decisivamente su huella desde el poder, y van de los más plebeyos panegíricos a las más retorcidas filípicas. En el caso gaullista, desde la adoración de una «segunda Juana de Arco» al «traidor de *l'Algérie française*» o al implantador de una «dictadura».

En todo caso, De Gaulle es alguien que a nadie, dentro o fuera de España, deja indiferente. Su amor ciego, su pasión por Francia, su devoción y entrega total y honrada hacia ella nadie lo discute, aunque haya quienes opinen que hay amores que matan. Si este amor pasional ha tenido o no en consideración a los franceses es ya cuestión de puntos de vista.

La idea central, el componente básico del gaullismo de De Gaulle, de la que emana y en torno a ella gira toda una historia de voluntad indomable, la sintetiza, el primer párrafo—sin desperdicio—de sus *Memorias de Guerra*: «Toda mi vida me he hecho una cierta idea de Francia. El sentimiento me inspira tanto como la pasión». Y concluye: «Francia no puede ser Francia sin grandeza». *Voilà* la primera ecuación del sistema De Gaulle.

Si este *homme du destin* hubiera desaparecido antes de hundirse la IV República, su nombre hubiera ocupado un lugar de honor en la historia de Francia; ahora, sobre todo habiéndose salvado la fórmula institucional de la V República, ocupará un lugar muy destacado en la historia universal. Y entre la de los líderes de cualquier época.

### *No es un hombre complicado*

Su actividad política es inexplicable sin examinar su personalidad, su leyenda, su misterio, su estilo, tal vez (¿por qué no?) su llamativo físico. De pocos hombres se conoce tanto y pocos son sin embargo tan aptos para psicoanalizar un perpetuo desconocido o, a lo mejor, sólo una incompleja sorpresa permanente. Napoleón III fue retratado por su hábil adversario Bismarck

como una «esfinge sin secreto»; Stalin vino a decir otro tanto de De Gaulle cuando Yalta: «No es un hombre complicado» (Era la época de «¿cuántas divisiones tiene el Papa?»).

Con todo, este juicio cuajaba no ya con las apariencias, sino también con la situación objetiva. El líder de la *France Libre* encarnaba una Francia semifantasma, una realidad a medias incluso cuando estaba liberada. El 18 de junio de 1940, a través de las ondas de la B. B. C. de Londres se había dirigido *A tous les Français* descubriéndoles que «Francia ha perdido una batalla. ¡Pero Francia no ha perdido la guerra!». El mundo no lo oyó. Los franceses, apenas. Pero el mito estaba lanzado, y en adelante el mito alimentaría al mito y una mitología se proyectaría sobre una realidad tan penosa que esta preferiría absorberla.

De Gaulle sabía desde el día que cruzó la Mancha, que él era Francia o no era nada. Rápidamente Francia se encarnaría en él. El gran desconocido tuvo que luchar más contra un vacío que contra un adversario. El lo sabe. Los oídos sordos son otro obstáculo. Su descarada dialéctica es en función de su personalidad, por supuesto, pero también de esta carencia de instrumentación para maniobrar. Y esto le permite ser moralista y lógico hasta la desesperación de sus interlocutores. Como no tiene nada que perder, todo lo puede exigir. En esos años se forma su anti-*anglosaxonisme*.

Carta a un Churchill estupefacto: «Si a sus ojos yo no soy el representante de Francia, ¿por qué y a derecho de qué trata conmigo de sus intereses mundiales?». Y dos años después, tras el desembarco en el Norte de África: «Si Francia tuviera que constatar un día que, a causa de los anglosajones, la liberación es Darlan, ustedes podrían quizá ganar la guerra desde el punto de vista militar, pero la perderían moralmente».

Con los americanos las cosas serán más graves. Cuando le buscan un sustituto más razonable—Giraud—, resulta que está políticamente hueco. «Jamás sabré si Franklin Roosevelt pensó que, en los asuntos concernientes a Francia, Charles de Gaulle era egoísta para Francia o bien para sí», escribiría. En una biografía reciente del general, Aidan Crawley, un *anglosaxón*, admite que la aversión de Roosevelt contra De Gaulle era casi patológica, pero la reacción del premier británico hacia ello era «servil». Ello no obsta para que el personificador de *John Bull* declarase años después, que «de todas las cruces que tuve que soportar durante la guerra, la más pesada fue la Cruz de Lorena».

El tacto de Eisenhower permitió que fuese una división de «franceses libres» quienes entrasen primero en París. De Gaulle, símbolo de la liberación, llega al Ayuntamiento, en donde se le invita a proclamar solemnemente la República. Pero de Gaulle, que se identificó con Francia en el exterior, se identifica con la legitimidad republicana en el interior. «La República jamás ha dejado de existir. Vichy siempre fue nulo y no venido (...). Yo mismo soy el presidente de Gobierno de la República. ¿Por qué iría a proclamarla?» (¿Diría realmente años después que «Pétain fue el escudo, y De Gaulle la espada?»).

A la terca dialéctica gaullista y sólo a ella se debió el que Francia encontrase un puesto entre los «grandes» en 1945. La realidad ofrecía bases para hacerse milagrera.

### *Del fracaso al crepúsculo.*

De su entrevista con Stalin (*allié-adversaire*) hecha para contrapesar a los anglosajones (*alliés-alliés*) se vino con un tratado de amistad. Y con Maurice Thorez. El secretario del P. C. francés, que había recibido orden de Moscú de agarrarse al carro gaullista, se declaró por el desarme de las milicias comunistas. Y también, al igual que los socialistas, los comunistas, se declararon contra una profunda reforma monetaria, que patrocinaba Pierre Mendès-France, ministro de Hacienda, que impondría austeridad, aliándose con los «liberales» y su política de inflación. Aunque De Gaulle veía con simpatía la reforma, no la apoyó con todo el peso de su autoridad.

Sin embargo, el general dista de ser un *burgués* en el sentido refinado del concepto. El mismo se definió contra tal clasificación en 1962: «¿Burgués?. Jamás lo he sido. La burguesía es la riqueza, la conciencia de detentarla o la voluntad de adquirirla [He aquí una fórmula que habría ayudado a consagrarse a más de un sociólogo]. Mi familia y yo hemos sido siempre pobres (...). Jamás me he sentido ligado a los intereses de esta clase». Unámonos estas palabras dichas a Maurice Schumann, proyectador de la democracia cristiana (M. R. P.) en la IV República: «No me gustan los socialistas porque no son socialistas. No me gustan los M. R. P. porque son M. R. P. No me gustan mis partidarios porque les gusta el dinero».

Los partidos se desarrollarían y proliferarían como es clásico y de rigor en Francia. Una Constitución que el general propuso fue rechazada en un «referéndum». A los tres meses, en enero de 1946, De Gaulle se retiraba

bruscamente del poder. La guerra fría había hecho su aparición. Esta súbita retirada, todavía hoy no explicada, constituyó a engrosar el conglomerado de mito, leyenda y realidad existente. ¿Fue un golpe de teatro, que tentó un mañana que no llegó? Es posible, pero pueden haber más ingredientes. Los poco elogiosos años del *Rassemblement du Peuple Français* (R. P. F.), dan indicios en aquel sentido, pero ese fenómeno en ese período no es en política racional inexplicable, aunque el gaullismo de la segunda época prefiera olvidarlo. Uno de los mejores biógrafos críticos del general, Jean Lacouture, opina que el M. P. F. fue «la *mise en scène* de Charles de Gaulle, por André Malraux». Si esto fue así, Malraux se encontró pagado en la misma moneda cuando De Gaulle renunció a la empresa en 1953, «De Gaulle—dirá el autor de *L'Espoir*—nos llevó a uña de caballo hasta la orilla del Rubicón, y una vez allí nos invitó a pescar».

Una de las constantes del general ha sido siempre la duda sistemática ante el Rubicón, un Rubicón que nunca cruzará de un solo golpe, aun a riesgo de decepcionar a sus seguidores, como dice Robert Aron. Es más, puede improvisar un nuevo camino, incluso opuesto al anterior. Tales vacilaciones contrastan con sus concepciones audaces y su genio, lo que demuestra que no es hombre lineal ni monolítico.

En noviembre de 1953 convocó una Conferencia de Prensa, en la que sorprendió a todos con su confesión, ya que por vez primera emergieron el pesimismo y la amargura. «Piensen por cuántos fracasos ha sido jalónada mi vida. Primero intenté persuadir a las autoridades civiles y militares para dotar a Francia de una fuerza armada, que nos habría ahorrado la invasión. Fracasé. Luego, tras el desastre de 1940, intenté convencer al Gobierno de que fuera al Africa del Norte y burlara al enemigo. En vano... otra vez fracasé. Fracasé en Dakar. Después, tras la victoria me esforcé para mantener la unidad que había formado en torno a mí, pero en vano. Más tarde, en graves circunstancias, lo intenté de nuevo, pero en vano...». Tras una pausa, prosiguió: «Si estos fracasos hubieran sido míos, no habrían sido de importancia, pero han sido los fracasos de Francia. Es verdad que de cuando en cuando hubieron éxitos (...). Y, sin embargo, durante los momentos más oscuros de la guerra, a veces me pregunté: ¿Quizá es mi misión representar en la historia de nuestro país su último veto hacia las elevadas cumbres? ¿Quizá ha sido mi sino haber escrito la última página en el libro de nuestra grandeza? (...).».

Uno de sus incondicionales, François Mauriac, que presenció el acto, escribió, que fue «el último francés que había hecho creer a sus compatriotas, que eran aún una gran nación» En la conferencia, De Gaulle usó el pretérito, no ya el presente como solía. *J'étais la France...* Nadie le contradijo. Al año siguiente diría *J'ai été* Francia. En julio de 1955 convocó otra súbita Conferencia de Prensa, anunciando su retirada definitiva. «Me despido, tal vez por mucho tiempo». Sólo volvería si se le llamaba y ante una «conmoción fuera de lo común».

De Gaulle era un hombre acabado. Tenía sesenta y cinco años. Nadie se hacía ilusiones. Pero Argelia iba pudriendo la República. Y un parlamentarismo desenfrenado hacía el resto. El retiro del general no era un completo aislamiento. A más de uno que le visitó en *La Boisserie* le respondía: *J'attends*. Pineau, antes de irse a la O. N. U. a defender la postura francesa en Argelia, también se da una vuelta por allí. Es 1957. El anfitrión le dice que no queda más alternativa que la independencia. El Ministro de A. E. le dice que esta declaración en público simplificaría las cosas. «No, Pineau, no es el momento...».

La «conmoción fuera de lo común» llegaba a los tres años: 13 de mayo de 1958. Los coroneles y sus *paras* se habían sublevado en Argelia. Francia se enfrentaba con una guerra civil o la evitaba cediendo ante una dictadura militar manejadora de concepciones políticas más o menos exóticas, El *suspense* flotó por los cielos de la Galia. Los ojos de Francia entera—de los franceses—se tornaron hacia Colombey-les-Deux-Eglises. Para unos De Gaulle era la salvación, para otros, una garantía; para algunos, un instrumento, para casi todos, un mal menor. En el borde de la catástrofe, Francia supo usar una vez más de la razón... y de la esperanza.

### *La V República*

Pero esta vez la nueva «Juana de Arco» no estaba dispuesta sólo a tomar Orleans, ni a trabajar para el rey de Prusia. Al igual que los emigrados de la Revolución, De Gaulle olvidó poco, pero a diferencia de ellos, aprendió mucho en su dilatado retiro. Por eso, De Gaulle, si fue una solución, también fue una sorpresa. La comprensión de la vieja estampa del militar anquilosado por la edad, y más con los precedentes de un De Gaulle, tendría que sufrir severas revisiones sin necesidad de que el personaje perdiera en sus rasgos característicos.

No quiso sentarse sobre la moribunda República; quiso que sus políticos —los que lo habían llamado—la declarasen cadáver jurídicamente, parlamentariamente. Intervino en tres Conferencias de Prensa para forzar el proceso que rayan en lo genial. «Fui yo quien restableció las libertades públicas. ¿Cree que a los sesenta y siete años comenzaré una carrera de dictador?» respondió con desdén a una pregunta. El semáforo verde se iluminó.

Si De Gaulle ha expresado alguna vez su pensamiento político íntimo, sin disfraz, esto habrá sido en la Conferencia de Brazzaville (1944), en donde se refirió al futuro de las colonias y su relación con la metrópoli, y en el discurso de Bayeux (1946), en que explicaría su concepción de los poderes del Estado. En la Constitución de 1958 tuvo ocasión de aplicar sus teorías. Raymond Aron, uno de sus adversarios del ala conservadora, definió así la V República: «Un régimen, sobre el papel parlamentario, funciona como régimen presidencial. O, si se prefiere, un régimen personal se ejerce según la legalidad y con una fachada parlamentaria». Vale. Si creemos a Tournoux, De Gaulle presiente que un régimen presidencialista conduciría al *Prince-Président* y al golpe de Estado. «En nuestro país—dice el general—eso no funcionaría, y el presidencialismo sudamericano desplazaría al presidencialismo norteamericano». De Gaulle, por tanto, se dio un sistema impreciso en las relaciones presidente-primer ministro, que pudiera extraerle el máximo de jugo él solo, pero que no sería susceptible de transferirse a sus sucesores integralmente. Un socialista disidente, André Philip, comenzó aceptando la legitimidad del Presidente, pero no la Constitución de la V República.

¿Carisma a lo Max Weber? Depende de lo que se entienda por ello. Para Arthur Schlesinger, Jr., los únicos líderes que se adecúan al modelo weberiano serían Robespierre y Hitler. El uso de la palabra carismático en nuestros días será casi siempre metafísico «sinónimo elegante de heroico, de demagógico o incluso de popular». Pero nadie niega que De Gaulle tuviera un *appeal*. El electorado podría decirle sí a él, lo que negaría a otro. Y un día podría decirle NO. Francia vivió, esa es la verdad, un «existencialismo constitucional» con una oposición institucionalizada. Y De Gaulle, asentado en esta base, «gobernó por medio de un diálogo permanente con su ideal místico».

*La pesadilla de Argelia*

En Argelia se sigue luchando, y De Gaulle en sus discursos ya no habla de *l'Algérie française*. El viraje es lento. «El problema de Argelia es insoluble. si se le encierra en un espacio de tres dimensiones. Para terminar con él, es preciso pasar a la cuarta dimensión. Yo no conozco más que De Gaulle que sea capaz (...)», dice el radicalsocialista Edgard Faure en 1960.

Es el año que llega de aquella tierra de lucha otro sobresalto, seguido por un tercero y último en 1961. La nación, ante estas convulsiones se extasiaría testigo de la fría y serena autoridad con que el nuevo presidente las trató y aplastó.

De Gaulle, un militar que nunca ganó una batalla, «fue uno de esos comparativamente raros pájaros entre oficiales, que se dio cuenta que la pluma es más poderosa que la espada» escribió John Gunther. En *Vers l'armée de métier* (1934), el propio interesado había escrito: «La potencia del espíritu implica una diversidad que no se halla en la práctica exclusiva del oficio por la misma razón que apenas se divierte uno en familia. La verdadera escuela de mando está en la cultura general. Merced a ella el pensamiento recibe medios de ejercitarse con orden, de discernir en las cosas lo esencial de lo accesorio, de percibir las prolongaciones y las interferencias, en una palabra, de elevarse a ese grado donde los conjuntos aparecen sin perjuicio de los matices. No existe ilustre capitán que no tuviera el gusto y el sentimiento del patrimonio del espíritu humano. En el fondo de las victorias de Alejandro se encuentra siempre Aristóteles».

En los años sesenta, De Gaulle se hizo maestro consumado en el arte de los medios de comunicación modernos, hasta el punto de convertirse en la primera *vedette* de la T. V. gala. En medio de un pánico larvado, se dirige a los *ultras* el 29 de enero de 1960: «Si me he puesto mi uniforme hoy para dirigirme a vosotros por televisión, es con objeto de mostrar que es el general De Gaulle quien habla, así como el Jefe del Estado». Y luego colma el impacto: «Finalmente, quiero decir unas pocas palabras para Francia. Bien, mi querido y viejo país, aquí estamos juntos otra vez, enfrentándonos juntos con una pesada y dura prueba. En virtud del mandato dado por el pueblo y en nombre de la legitimidad que yo he encarnado en los últimos veinte años, pido a todos mis compatriotas, hombres y mujeres, que me apoyen, pase lo que pase». El pueblo en masa se arrojó a las calles.



La llamada del 23 de abril de 1961 puso punto final a las rebeliones de Argelia: «En nombre de Francia yo ordeno que todos los medios, que digo *todos los medios*, sean empleados para barrer por doquier el camino a esos hombres, en espera de reducirlos. Yo prohíbo a todo francés y, en primer lugar, a todo soldado de ejecutar ninguna de sus órdenes (...) *Françaises, Français, aidez-moi!*

La rebelión se derrumbó como un castillo de naipes. Los plenos poderes del artículo 16 estaban justificados. La guerra concluyó al año siguiente. Y la O. A. S. proseguiría sus sangrientas acciones en la metrópoli. Para una minoría la traición se había consumado, pero para la mayoría la pesadilla había concluido: El final de un anacrónico colonialismo le abrió a Francia nuevos aires y nuevas perspectivas. A partir de entonces sería el mundo el que sería deslumbrado, un mundo al que también Francia sería capaz de condicionar. El *nouveau franc* fue uno de los ejes del renacido Estado.

### *El héroe contra la Historia*

Charles de Gaulle es un profundo conocedor de la historia de su país, una forma de comprender la historia de la marcha de la humanidad. *El Filo de la Espada* (1932), el segundo de sus libros, es una teoría del liderato. Una vez llegado el caso no hizo sino aplicarla. En este sentido, De Gaulle será o no será un hombre providencial; lo que no cabe duda es que es un hombre planificado. Rígidamente planificado. Y un gran pragmático de coyunturas cruciales. Es el hombre del *moi*, de la primera persona y no de la tercera, como un Napoleón o un Trotski. No sólo piensa *en* historia, sino que sabe que *es* historia, actuando en consecuencia, con todas las limitaciones y exigencias que ello implica. ¿Le impidió ser «realista» en sus políticas? Si pasamos revista a otras naciones (Gran Bretaña, por ejemplo, perfectamente democrática) en contraste, los resultados no parecen malos.

Muchos creen que De Gaulle fue un hombre fijado en el pasado, cuando el pasado sólo le servía de trampolín y aviso. Todo lo contrario. Fue un visionario del futuro, un profeta sin medios suficientes para satisfacerse, un estadista que tuvo que manejar el presente con medios del pasado para proyectarse sobre el porvenir.

Es pronto para establecer un balance de la relación éxito-fracaso de De Gaulle. En cambio sí es ya tiempo de poder decir que desde hace dos o tres generaciones se evidencia el fracaso de la sociedad francesa en actua-

lizarse para la tarea que, quieras o no, tiene que realizar. Como Esquilache, De Gaulle habrá sido «un soñador para un pueblo», si bien con la diferencia de que habrá conseguido cuajar algunos de sus sueños. ¿Cuántos? Para Lacouture, «la reconversión constante de lo real» hizo de De Gaulle un «realista de lo imaginario». ¿Habrá sido el gaullismo el «epifenómeno» que Edgard Faure pronosticó en 1944? Acertó para la primera época. ¿Cabe distinguir, como hace Robert Aron, entre *gaullien* y *gaulliste*? ¿Y qué sería el gaullismo? ¿Sólo un «neoradicalismo», como dijo Duverger?

La actitud de «esteta de la Historia» de De Gaulle puede que la haya hecho oír la voz de ésta: ¡Basta! El propio De Gaulle nos suministra pistas. A Bismarck lo consideró un «gran hombre, a pesar de todo, porque supo detenerse». Para Gambetta, «*les temps héroïques sont passés*». Porque De Gaulle fue un héroe y «todo héroe—dice R. W. Emerson—se convierte en un fastidio». «Quizá su *qualité suprême* sthendaliana ha sido su tendencia siempre a rebelarse contra algo.» (A. Werth.) Contra muchos algos; aparentemente cayó por una pequeñez. Será incluso un André Fontaine que en *La guerra civile froide* (1969) nos presente un De Gaulle como el primer contestatario de Francia: «Es la restauración, gracias a él, de la completa independencia de Francia, dicho de otro modo, su pleno poder de contestación». Y llega a arriesgar estas palabras: «El mayor error de la oposición, de derecha como de izquierda, es de negarse a admitir la *grandeur* del detentador de este poder. Sin duda, es totalmente incapaz de ello, porque no puede (...) alzarse a su nivel».

El líder heroico para Tolstoi es el «esclavo de la historia». Y el individuo tiene peso en la Historia. Afirmar el fatalismo, es decir, lo contrario, es «una de las grandes coartadas» de esa Historia (Sir Isaiah Berlin). «Sin líderes heroicos—dice Schlesinger—, una sociedad tendería a dejarse llevar por el curso de la Historia», fenómeno que se produce con facilidad; «de hecho la gran atracción del fatalismo es de ofrecer un refugio contra los terrores de la responsabilidad».

### *La Historia contra el héroe.*

“Rassurez-vous, je ne manquerai pas de mourir”

(DE GAULLE).

Mayo de 1968 fue el Elba de De Gaulle; la crisis del franco en noviembre fue su Waterloo; el referéndum de abril de 1969 fue su Santa Elena.

«¿Por qué cree usted que se marchó?», preguntaba una encuesta del Instituto Francés de la Opinión Pública, en 1946. ¿Por qué cree usted que convocó un referéndum innecesario y luego lo convirtió en un plebiscito inoportuno? Es la pregunta que procedía veintitrés años después. Dos días antes de las urnas, De Gaulle murmuró: «*C'est foutu!*». Pero ¿le habría valido una victoria del 51 por 100?

Carlos Olleró ha escrito: «Con su visión de futuro, fría y objetivamente, es posible que exista esta alucinante paradoja: que para no sucumbir el gaullismo necesite ganar, al tiempo que para permanecer le conviene perder.» ¿Y el alejado silencio irlandés? Contentémonos, de momento, con un extracto de *Le Fil de l'Épée*:

«Reserva, carácter, grandeza, estas condiciones del prestigio imponen a los que quieren satisfacerlas un esfuerzo que desanima a la mayor parte. Este esfuerzo incesante, este riesgo corrido constantemente prueban la personalidad hasta las fibras más secretas (...). Ahí radican el motivo de las retiradas mal explicadas: hombres que tienen éxito en todo y que se les aclama rechazan de pronto la carga. Además, al aislarse de los demás el líder se priva de lo que el desistimiento, la familiaridad, la amistad misma tienen de placer. El se consagra a ese sentimiento de amistad que es, según Faguet, "la miseria de los hombres superiores"». Algunos de estos enunciados no se cumplieron esta vez, pero ¿habrán sido la profecía y la justificación que en 1958 a Manuel Jiménez de Parga le hicieron temer una «tercera deserción política»? (¿Tercera?)

Malcolm Muggeridge ha comparado a De Gaulle con «uno de esos payasos de circo que entran en la pista en bicicleta; parece constantemente a punto de caer, pero no cae, hasta que te das cuenta que en realidad es un ciclista consumado».

Un biógrafo británico, A. Wérth, contrastaba la sociedad francesa con la suya hace tres años. La francesa, cuyo complejo de inferioridad inaugurado en 1940 se lo arrancó De Gaulle; y la británica, que está en la apoteosis del suyo. Yo me asocié con su final, no por lo que el general pudo representar para Francia; sino por lo que representaba para el mundo: «Pase lo que pase en los próximos años, yo todavía creo que el día que

De Gaulle muera, Francia se sentirá más pequeña y muy infeliz. Casi todo el mundo le llorará—a menudo por razones diferentes—y así ocurrirá a mucha gente en otras partes del mundo.» Así ha sido.

Un representante de la extrema izquierda italiana, Ricardo Lombardi, ha sintetizado en unas líneas la fabulosa personalidad del general: «No sólo desaparece con De Gaulle el último de los supervivientes de los 'grandes' de la segunda guerra mundial, sino también una de las figuras más complejas y contradictorias de la historia reciente. Monárquico al servicio de la República, conservador al servicio de la resistencia, militarista en permanente conflicto con el Ejército, único hombre con una tal concepción mística y sincera de su propia estatura que no ha temido exaltarla hasta el riesgo del ridículo, sin caer nunca en él.»

## II

### HO CHI MINH, UN HOMBRE PARA UNA LEYENDA

#### *Leyenda*

“Veo el Hombre Cuádruple; la Humanidad mortalmente en sueño  
y su caída Emanación; el Espectro y su cruel Sombra.  
Veo el Pasado, Presente y Futuro existiendo todos a la vez  
ante mí”.

Esos versos de William Blake podrían dedicarse a Ho Chi Minh o ser inspirados por él. La vida de Ho Chi Minh es una leyenda; su obra, una epopeya; su circunstancia, Vietnam.

Fue la libertad de su patria lo que condicionó su vida, impulsándole a ser agente de la Comintern en China, mendigo ciego en Siam, lavaplatos en Londres, periodista en París, fundador del Partido Comunista indochino, protegido de los americanos... «Al principio fue el patriotismo y no comunismo lo que me indujo a creer en Lenin y la Tercera Internacional. Pero poco a poco... Llegué a darme cuenta de que sólo el socialismo y el comunismo eran capaces de emancipar los trabajadores y la gente pisoteada de todo el mundo», escribió en 1960. «Gente pisoteada»..., lejano eco de aquella publicación que cuatro décadas antes fundó en Francia titulada *Paria*.

A Lenin, tras su triunfo, se le quisieron editar sus obras completas, pero su autor fue incapaz de identificar no pocos de sus escritos tan profundamente sembrados en el espacio y el tiempo. A Ho Chi Minh le ocurre algo semejante, pero con su propia vida. «¿Mi pasado? No interesa a nadie. Es lo que hago hoy lo que cuenta». Posiblemente era difícil para el mismo Ho reconstruir su vida. En una ocasión señaló que había dos cosas que no recordaba: cuántos nombres había usado y cuántas veces estuvo en la cárcel. Lo que no olvidaría es que su vida se la debía al imperialismo inglés cuando negó a los franceses, que lo habían condenado a muerte por contumacia, su extradición de Hong-Kong.

Seguramente nació hace setenta y nueve años en la provincia que ha suministrado más revolucionarios de su país. Es un amplio intervalo para un revolucionario y un hombre de acción. Suficiente para darle tiempo de adoptar quince o veinte nombres distintos. El nombre con el que murió y es conocido—y que significa más o menos «el que ilumina» o «el que ilustra»—se lo impuso en 1942, cuando funda el «Vietnam Doc Lap Dong Minh Hoa», abreviadamente, Viet Minh.

### *Indochina*

Ho fue un utilitario de la idea, sin buscar más de ella de lo que podía dar, única manera, posiblemente, de no traicionarla. Sólo en última instancia fue un doctrinario. No dudó en disolver el partido comunista, que había fundado para conseguir una base más amplia en su lucha anticolonial, aunque sus elementos conservasen el control de la lucha. El partido fue un instrumento para sus fines. Ho fue, ante todo, un empírico, un realista, «incluso un oportunista», como dice su excelente biógrafo Jean Lacouture, sin necesidad de ser un cínico ni un aniquilador como Stalin, ni un lírico con rachas de paranoia como Mao.

Este hábil maniobrero se enfrentó con los franceses, empeñados en regresar en 1945, cuando el Viet Minh rellenaba el vacío dejado por el colapso japonés. El norte de la Indochina francesa la ocupaban fuerzas de Chiang Kai Chek. Había que optar entre dos males. El posibilista Ho Chi Minh se inclinó por el menor. China era allí, no estaba allí como Francia. Y China era el enemigo histórico por excelencia. Se le atacó por no haber ofrecido resistencia armada, pero fue el mismo que reconoció lo inadecuado de su

fuerza. Pero todavía le convenía más a Francia entenderse con el líder indochino que con el de China.

En el acuerdo firmado en marzo de 1946, dijo al representante francés, Jean Sainteny: «En cuanto a mí estoy molesto porque en lo básico ustedes han ganado; usted sabe bien que yo quería más que esto (...). De cualquier modo, también comprendo que uno no puede tenerlo todo en un día». Sólo el prestigio de Ho amortiguó la impopularidad del acuerdo. Quienes más se lo reprocharon fueron los nacionalistas anticomunistas.

Si París se hubiese atenido a lo firmado—y París tenía un Gobierno con participación comunista—y dejado los asuntos indochinos en manos de algún ente dotado de inteligencia, por ejemplo el general Leclerc, se habría evitado el baño de sangre que desencadenó el bombardeo terrorista de Haiphong a finales de año, ordenado por un almirante retrógrado. Ho reaccionó ante el Alto Comisario francés: «Si tenemos que batirnos, nos batiremos. Ustedes me matarán diez hombres, pero yo les mataré uno... y verán ustedes quiénes terminarán por cansarse».

En efecto, en 1954, los franceses terminaron por cansarse en Dien Bien Phu. En la guerra de Indochina «los comunistas usaron el nacionalismo más efectivamente contra los franceses que los franceses supieron usar el anticomunismo contra los nacionalistas», ha escrito Theodor Draper.

Los Acuerdos de Ginebra fueron una estafa descarada contra Ho. El clima que había llegado el conflicto, unido a otros factores de la gran política, aconsejaron a Rusia y China (ésta en segundo plano), aunque fuera por razones distintas, a presionar juntamente con Francia y Gran Bretaña *contra* Estados Unidos. En Ginebra no se trató de planificar un futuro mejor, sino de salir de un incómodo presente; no se pretendió devolver la vida a un pueblo, sino sacudirse un muerto de encima. Luego Alá proveería. Así lo decía una curiosa—y muy famosa—«Declaración Final de la Conferencia de Ginebra», «un instrumento diplomático único acordado por todos, pero firmado por nadie». Y de la célebre conferencia resultó que «sólo el Viet Minh, los vencedores, perdieron».

Llegó 1956. Naturalmente, no se celebraron las elecciones previstas que habrían reunificado el país. En vez de que Alá proveyera, fueron los americanos quienes habían provisto a Saigón de un fantoche llamado Ngô Đình Diem, que en nada había contribuido a la independencia de Vietnam. En 1960, el conflicto ruso-chino comenzó a entrar en erupción. También la situación vietnamita comenzó a salir del inmovilismo.

*Vietnam*

En 1963, vistos los resultados, los americanos decidieron liquidar sin conación ni entusiasmo. Se comprende. Por algo el Kremlin es una institución nalizaria en el Sur hasta que dieran con el inefable general Ky. A partir de 1964, los Estados Unidos tuvieron que intervenir directamente, desembocando en la «escalada».

Truman se equivocó cuando vio en China un satélite de Rusia; Eisenhower, Kennedy y Johnson se equivocaron cuando vieron en Vietnam del Norte un satélite de China, instalándose en unas teorías fantasmagóricas. Obcecados por profecías de catástrofes autosugeridas, no advirtieron que la simbiosis nacionalismo-comunismo podía ser, a falta de mejor solución, una barrera sólida contra las apetencias chinas, si es que las hay.

Un Vietnam reunificado bajo control comunista puede ser neutralizado. De Gaulle creía que el Norte ya lo estaba a causa de su fuerte dosis de nacionalismo. ¿Por qué razón no puede pensarse en un *Tito asiático*? La titozación del Norte fue una idea acariciada por Francia en 1954-1955, pero la política de Diem dio al traste con la posibilidad. Un corresponsal americano con gran experiencia en asuntos vietnamitas, David Schoenbrun, escribía a ese respecto: «Yo nunca he aceptado la correlación entre Munich y un arreglo en Vietnam. Mao Tse Tung no es Hitler ni Ho Chi Minh es su criado (...); si Ho es comparable a algún europeo, él es el Tito de Asia. Esto es, un nacional-comunista al frente de un pequeño Estado tratando de mantenerse independiente de un enorme vecino comunista (...) Si podemos vivir con Tito por la cantidad de mil millones de dólares de ayuda, ¿por qué es tan imposible vivir en un mundo con Ho?» Pero en Washington el dogma ha sido ver en Ho un «Ulbricht» chino.

Ho fue Ho y Vietnam su obsesión. Tomó buena nota del resquemor producido por los Acuerdos de Ginebra y no le pasó por alto la relegación de Fidel Castro en la salida que las dos superpotencias buscaron en la crisis de Cuba de 1962: Ho Chi Minh no sólo no fue un juguete de nadie, sino que aprovechó magistralmente la división de los dos colosos comunistas para evitar una segunda edición de Ginebra. Su genio y su habilidad le permitieron maniobrar entre la teoría de la coexistencia pacífica de Moscú y la de la inevitabilidad de la guerra de Pekín.

Vietnam ha creado un clima de mala conciencia en el mundo occidental, y Ho ha sabido aprovecharlo a costa de mil sacrificios. Johnson terminó por

darse cuenta de que se había metido en un callejón sin salida y Nixon está tomando disposiciones concretas para hacer progresar las negociaciones, cuya problemática, vista desde la Casa Blanca-Pentágono, sería ésta: «En 1954 Ho Chi Minh arrebató un compromiso de las mandíbulas de la victoria; hoy Estados Unidos tiene miedo de que le arranque la victoria de las mandíbulas del compromiso.»

### *Ejemplo*

Ho Chi Minh ha desaparecido en un momento delicado, porque si en Hanoi era un árbitro, para todo el Vietnam (y el mundo) era un símbolo. La soldadura entre el Norte y el Vietcong no es completa. Por eso su muerte puede que sea aprovechada por Moscú y Pekín y demás capitales interesadas, tratando de capitalizar la situación en favor de sus particulares intereses.

Vietnam, «la Numancia de nuestro siglo», ha demostrado cómo el hombre todavía puede neutralizar a la máquina, cómo la voluntad puede hacer frente al torpe poderío, cómo la persistencia puede poner coto a la arrogancia. «Tío Ho» ha demostrado en un mundo manejado por colosos que los pequeños pueden hacerse incómodos, paralizando decisiones e influenciando grandes acontecimientos.

Ho Chi Minh es la biografía de una increíble aventura política cuyos últimos capítulos lo sitúa al frente de los destinos de un país mínimo con un mensaje máximo. Ho Chi Minh perteneció a una especie de *homo politicus* que va extinguiéndose porque, además, los pocos que puede haber, difícilmente consiguen coronar sus propósitos.

Son innegables las brutalidades cometidas por el Vietcong o en Vietnam del Norte. Sin embargo, encierran unos fines. Su obra está a la vista. En contraste, el corrupto Sur ha mostrado que soldados de un mismo pueblo son incapaces de operar con un valor militar siquiera a la décima parte de los del «otro» pueblo, sobre todo cuando medio millón largo de soldados americanos de refuerzo y bombardeos fabulosos no han conseguido cambiar el signo de la balanza.

Ho Chi Minh, a diferencia de Stalin, un Mao o hasta un Tito, no ha consentido un culto a la personalidad. La constancia y la regularidad de su comportamiento público y la austeridad de su vida privada—un ascetismo sólo violado por el vicio de cigarrillos anglosajones—han constituido factores extraordinarios de su trayectoria. El contraste con el Sur, el Sur oficial, gober-



nado por pandillas de arribistas rapaces e incompetentes, con un general Ky modelo de primitivismo político e intelectual, entre otras facetas, hace pensar que tal vez la inoperancia y la corrupción sean factores que pesan más de lo que se cree en política.

Moscú era una de las raras capitales donde «Tío Ho» no despertaba admiración ni entusiasmo. Se comprende, por algo el Kremlin es una institución de contenido eminentemente antirromántico. En cambio, el corresponsal de *Le Monde*, en USA, titulaba así el impacto de la desaparición de Ho Chi Minh: «El único vietnamita que realmente impresionaba a los americanos». ¡Qué mejor epitafio para el peor enemigo!

TOMÁS MESTRE.

THE HISTORY OF THE UNITED STATES

The history of the United States is a story of growth and change. From the first settlers to the present day, the nation has evolved through various stages of development. The early years were marked by exploration and the establishment of colonies. The American Revolution led to the birth of a new nation, and the subsequent years saw the expansion of territory and the growth of industry. The Civil War was a pivotal moment in the nation's history, leading to the abolition of slavery and the strengthening of the federal government. The 20th century brought significant social and economic changes, including the rise of the industrial revolution and the emergence of the modern United States.

CHAPTER I